

EL BICHO VERDE

Había en una tierra un rey, y aquel rey tenía un hijo y una mujer, que era la reina, y el hijo tenía nueve años. El padre se fue de cacería con todos sus nobles; de tal modo que unos se fueron hacia un lado y otros hacia otro, por lo que sucedió que el rey encontró un bicho verde, casi del tamaño de un atún, que fue derecho hacia él y lo atacó; y le dijo el rey:

–Bicho verde, no me mates, que, si tú quieres, te llevo a mi casa y te trato bien.

El bicho se tranquilizó y se echó. Entonces el rey lo cogió y lo puso a caballo delante de él, sin que ninguno de los nobles que lo acompañaban en la cacería lo hubiera visto.

Llegó el rey al palacio y le pidió a la reina que le arreglase una habitación para meter en ella al bicho. Metió el bicho en la habitación y mandó llamar a un carpintero, le mandó serrar la puerta por debajo, de tal forma que cupiese un plato por donde le pudieran dar de comer.

El rey cerró la puerta con llave, le entregó la llave a la reina y le dijo:

–Toma nota de que todo aquel que deje huir al bicho será

ahorcado.

De modo que la reina, para librarse de problemas, metió la llave en el bolsillo de su vestido.

Sucedió que al niño, que estaba jugando a la peonza dentro del palacio; se le escapó la peonza y se fue a meter por el agujero de la puerta detrás de la cual estaba el bicho, y fue a parar a su lado.

Entonces el príncipe niño asomó la cabeza por el agujero y le dijo:

–Bicho verde, ¿me das mi peonza?

El bicho le respondió:

–Abre la puerta, que yo te daré tu peonza.

El niño le respondió que su padre había dicho que todo aquel que abriese la puerta sería ahorcado.

Y el bicho respondió:

–Abre la puerta, que no morirás.

El niño dijo:

–No sé dónde está la llave.

Respondió el bicho:

–Está en el bolsillo del vestido de tu madre la reina. Ve, acuéstate sobre sus piernas, hazle mimos y quítale la llave sin que se dé cuenta.

Así lo hizo el príncipe niño, y le hizo muchos mimos y consiguió sacar la llave del bolsillo de su madre la reina. A continuación escapó a la habitación en la que estaba el bicho,

abrió la puerta y saltó el bicho fuera de la habitación, y le dijo al niño que si alguna vez se viera en peligro que lo llamase por su nombre: “Bicho verde”.

A continuación, el niño, haciendo uso de las mismas caricias, consiguió meter la llave en el bolsillo de su madre sin que ella se diera cuenta.

El bicho huyó y el niño se puso a jugar a la peonza de nuevo.

El rey estaba de cacería, y todos sus nobles habían matado muchas piezas de caza, y el rey ninguna, y por eso los nobles habían hecho mucho escarnio del rey; el rey respondió:

–La pieza de caza más valiosa ya la llevé yo al palacio.

Los nobles dudaban de la veracidad de aquella respuesta, y el rey prometió demostrársela a los nobles.

Llegaron todos al palacio y, como ya no encontraron al bicho verde, los nobles le decían al rey que era mentira lo que afirmaba. El rey se encolerizó tanto que le preguntó a la reina quién había abierto la puerta al bicho, y la reina le respondió que nadie, y él se puso a amenazar a cielo y tierra.

Como el rey estaba muy enfadado y se encontró al hijo que jugaba con su peonza, le preguntó quién le había abierto la puerta al bicho.

–Fui yo.

–¿Cómo puede ser eso verdad, si yo tengo la llave en el bolsillo? –preguntó la reina.

Entonces el niño contó toda la verdad y le hizo caer en la cuenta de las caricias de las que se había servido para quitarle la llave.

–Eso es verdad, pero yo no me he dado cuenta de que me quitaras la llave.

Entonces mandó el rey ahorcar al hijo.

La reina le pidió al rey que su hijo fuese ahorcado lejos del palacio para que ella no oyera los gritos.

El niño fue con dos verdugos hacia la horca, y en el camino les pidió que lo dejaran en libertad, pues Dios lo mataría cuando quisiera. Los verdugos respondieron que solo lo dejarían en libertad si les prometía que no regresaría al palacio. El niño dijo que sí. Entonces los verdugos dejaron al niño en libertad, y este tomó un atajo y anduvo tres días y tres noches sin ver ninguna casa en la que poder comer y descansar.

Encontró por fin una casa de un labrador que tenía mujer y tres hijas. El niño iba más muerto que vivo por causa del hambre y le pidió alojamiento al labrador. Le dieron alojamiento. Como el niño tenía buenas maneras, a las tres hijas les hizo mucha gracia; de tal modo que el niño les dijo que, si ellas querían, él se quedaría allí para cuidar las gallinas, aunque era un príncipe y se había perdido. Se quedó en casa del labrador hasta la edad de dieciocho años.

Entonces le pidió al labrador que le hiciesen la cuenta, porque se iba. El labrador le dijo que solo le daba la cama y una

de las hijas para que se casara. El niño respondió que no quería casarse y se fue sin llevarse nada.

Llegó el príncipe a una tierra en la que había un rey en su palacio. Al llegar a la puerta del palacio por el jardín, encontró al cocinero y le dijo que si quería un criado para que le sirviera.

El cocinero respondió:

–Quédate para que me ayudes, porque necesito un muchacho.

En aquella tierra había tres gigantes; y venían todos ellos, uno en cada ocasión, a buscar a una niña guapa para comérsela; de modo que la gente pobre ya le estaba pidiendo que no se llevaran solo a sus hijas, sino que se llevasen a la hija del rey.

El rey no tuvo más remedio que acceder a ello, y lo echaron a suertes entre sus tres hijas. Cayó la suerte en la hija mayor del rey.

Hubo muchos llantos y el príncipe niño, que estaba trabajando en la cocina, le preguntó al cocinero jefe el motivo de aquel llanto.

–Pues se trata de unos gigantes que vienen todos los días a buscar niñas para comérselas, y ahora le ha tocado al rey nuestro señor entregar a la mayor de sus hijas.

Al día siguiente por la mañana el rey mandó hacer un trono en la plaza para colocar allí a su infeliz hija. Ella se vistió de negro y se puso un velo negro y echó a caminar entre las lágrimas de los suyos hacia la plaza, y se sentó en el trono junto a su padre

para esperar al gigante. El rey había dispuesto su infantería y caballería con el fin de matar al gigante. El príncipe niño le pidió al cocinero jefe que lo dejara ir a ver la escena y este consintió, y le ordenó que no se demorase.

Se fue el niño, pero en cuanto llegó detrás de una valla, dijo:

–Válgame aquí mi bicho verde.

Inmediatamente apareció el bicho verde; y el niño le pidió que le diese un caballo, ropa de príncipe, una espada y valor para matar al gigante. El bicho le dio lo que había pedido. A continuación el príncipe niño, vestido y montado, se dirigió a la plaza y saludó al rey y a la princesa. En esto que aparece el gigante con una porra de hierro muy grande y dijo, mientras miraba a todo el pueblo apiñado en la plaza:

–¿No hay por aquí quien se oponga a que yo me lleve a la princesa?

Respondió el príncipe niño:

–Soy yo el que defiendo su vida.

Respondió el gigante:

–¿Tú, mosquito? Que vengan todos, que yo no les tengo miedo, porque soy muy valiente.

El niño príncipe respondió:

–Voy yo solo.

Respondió el gigante:

–Déjame poner la porra en el suelo, pues me bastan dos

dedos para matarte.

En el momento en el que el gigante dejó la porra en el suelo, salta el niño y con un tajo de su espada partió la cabeza del gigante en dos mitades. El niño desapareció a toda prisa y fue a entregarle al bicho verde todo lo que había recibido, y a continuación se fue a la cocina del palacio.

El cocinero jefe le dijo al niño:

–Pues has tardado.

Y el niño le respondió:

–He tardado porque he visto a un muchacho que iba muy adornado y que ha matado al gigante.

En aquel momento llegó el rey al palacio acompañado por su hija, en medio de grandes fiestas.

Momentos después llegó la orden de otro gigante que quería que le fuera entregada la segunda hija del rey. Este gigante se mostraba irritado por la muerte de su hermano.

Sucedió lo mismo. El príncipe niño pidió de nuevo el auxilio del bicho verde. Aquella vez apareció el niño vestido de blanco en un caballo también del mismo color. Apareció el segundo gigante, que también fue matado por el niño.

Apareció al día siguiente el tercer gigante para requerir la tercera hija del rey. Fue matado igualmente por el niño. Pero aquella vez el rey les había ordenado a sus tropas que atrapasen al niño cuando este saliera vencedor del gigante.

Para cumplir aquella orden, uno de los soldados hirió con

una lanza la pierna del niño y esta se le quedó metida en la pierna. El niño desapareció, se dirigió al jardín, donde se quitó la lanza y la guardó debajo de una piedra. Un perro le lamió la herida y el niño la vendó con un pañuelo rojo. La hija mayor del rey, que estaba en la ventana del palacio, vio la herida y se desmayó. Cuando el rey llegó con la hija menor y vio a la hija mayor que había perdido el sentido, se puso muy triste. El rey prometió públicamente al salvador de sus hijas que, si estaba soltero, le daría una de ellas y, si estaba casado, le daría una gran fortuna. Nadie apareció. Al cabo de tres meses se presentó al rey un hombre vestido de oficial de tropas que decía él era quien había matado a los gigantes e incluso mostraba la herida en la pierna. El rey respondió:

–Pues te equivocas, porque esa herida es muy reciente y la otra ya debe haber sanado.

La hija mayor del rey, que aún permanecía muda desde que le había dado el desmayo, preguntó por gestos qué hacía allí aquel hombre; y las hermanas le respondieron que él decía que era su salvador. En aquel momento pasaba el príncipe niño con un plato en la mano; y entonces la muda habló y dijo:

–Es este nuestro salvador; que enseñe la pierna.

El niño huyó, pero el rey lo persiguió y fue a atraparlo junto a la piedra bajo la cual estaba la lanza escondida. Se aclaró todo, el impostor fue detenido y el niño invocó al bicho verde. Este, en ese tiempo, ya había quedado desencantado, ya que habían sido

matados los tres gigantes.

El bicho verde, que entonces se había convertido ya en rey, le dio al niño un caballo blanco. Y él montado en un caballo castaño, y con dos baúles llenos de dinero, se presentó ante el rey y las tres princesas. Se pusieron todos muy contentos y el niño se casó con la hija más joven del rey.

El rey, el que antes era un bicho verde, se fue a su reino; y el niño le contó entonces su historia a su suegro. De inmediato se le escribió al padre del niño, pero este ya había muerto. La madre, en cuanto supo que el hijo estaba vivo, montó en una lujosa embarcación y fue a ver a su hijo, y fue recibida con grandes fiestas y músicas.

Recogido por Francisco Xavier Ataíde de Oliveira en Algarve (Portugal) y publicado en *Contos Tradicionais do Algarve*, Lisboa: Vega, 2002 (2ª ed.), vol. II, págs. 9-13. Editado y traducido al español por José Luis Garrosa Gude en *La sirena de Alamares y otros cuentos populares portugueses*, Madrid: Calambur, 2013, págs. 100-106.